

Asalto negro al western

“Más dura será la caída” reformula en clave racial el cine del Oeste denunciando cómo el género ha borrado “cowboys”, soldados y pistoleros afroamericanos

Quim Casas

El cine vinculado al Black Lives Matter acepta y adopta cualquier concepto genérico. En películas y series producidas en los últimos siete u ocho años, cineastas estadounidenses o británicos de raza negra como Jordan Peele, Spike Lee, Barry Jenkins, Nia Da Costa, Steve McQueen, Gerard Bush y Remi Weekes han realizado sus reivindicaciones partiendo de ficciones relacionadas con el relato fantástico, el terror —el “black horror” ya está asimilado—, el melodrama, el thriller o la comedia: títulos como *Déjame salir*, *Nosotros*, *Candyman*, *Territorio Lovecraft*, *Infiltrado en el KKKlan*, *El blues de Beale Street*, *El ferrocarril subterráneo*, *Vidas*, *Small axe*, *Antebellum* o *Casa ajena* demuestran cómo temas y géneros tradicionales pueden ser revisados a partir de una mirada ejercida desde la cultura y las problemáticas de las comunidades negras.

De este modo, como ya ocurrió en los años setenta con el “blaxploitation” —que además de películas de acción también adecuó mitos fantásticos y europeos como el del vampiro en *Drácula negro*, el de Frankenstein en *Blackenstein* y el de Jekyll y Hyde en *Dr. Black, Mr. Hyde*—, los géneros denominados populares obtienen una carga política que, por esa misma condición de películas o series para todo tipo de espectadores, pueden ser más efectivos al llegar a un mayor número de gente y fuera de

los conductos tradicionales del cine explícitamente político o de los más restringidos del cine militante.

El western no es, desde hace años, el más exitoso de los géneros. Pero fue durante décadas uno de los más populares, tanto en Estados Unidos como en Europa. Es lógico, y necesario para una normalización absoluta, que el cine del Oeste encuentre ahora sus historias, tramas y personajes de raza negra. El ejercicio de reivindicación resulta aún más contundente. Porque antes ya hubo musicales negros (*Carmen Jones*), melodramas raciales (*Imitación a la vida*, *Adivina quién viene esta noche*), muchos filmes policíacos (encabezados por *En el calor de la noche*), thrillers “blaxploitation” y un star system propio de comedia negra, con intérpretes como Richard Pryor y Eddie Murphy. Pero westerns con vaqueros, pistoleros o sheriffs de raza negra hay pocos, aunque los suficientes para marcar una cierta tendencia airada que acostumbra a ser engullida por el sistema.

Siempre se ha dicho que el western clásico tergiversó la historia real de los nativos americanos, ofreciendo una imagen reduccionista de los pueblos apache, sioux o команche. Pues aún fue peor con los vaqueros negros. El cine del Oeste de Hollywood eliminó estos personajes de un plumazo. Según estudios elaborados en la pasada década, cerca del 20% de los vaqueros que trabajaban en ranchos y frecuentaban los rodeos eran de raza negra; incluso hubo estrellas vaqueras, como Bill Pickett, que inventó una nueva técnica para domar bue-



Una escena de “Más dura será la caída”.

// FdV

el filme original de 1960 había representado Yul Brynner. Pero ni este cambio ni la presencia tras la cámara de Antoine Fuqua le otorgó al nuevo filme una mirada distinta en cuanto a cuestiones raciales. La tímida normalización venía del cambio de actor, pero quizá sería más adecuado crear nuevos personajes de raza negra en vez de sustituir a unos preexistentes de raza blanca. Lo mismo había ocurrido en 1999 con *Wild wild west*, en la que Will Smith encarnó a un antiguo combatiente convertido en una especie de agente secreto: el filme era una versión muy libre de la serie de los sesenta *Jim West*, cuyo protagonista era blanco (Robert Conrad) y menos histriónico que el antiguo príncipe de Bel Air.

Fue John Ford, uno de los direc-

tores esenciales en la evolución del western, quien convirtió por vez primera a un personaje negro en centro dramático de una película del Oeste en *El sargento negro* (1960). Mario van Peebles, hijo del realizador independiente Melvin van Peebles, recientemente fallecido, lo probó en 1993 con *Renegados*, filme protagonizado por una banda de forajidos formada por antiguos soldados negros. Llegaría después el gran reciclador, Quentin Tarantino, que no hizo un western

Bajo presión

Faruk Šehić

La Huerta Grande, 208 páginas



En esta novela, Faruk Šehić sigue explorando, como poeta y soldado, “su guerra”, la de los Balcanes. Bajo presión está escrita durante una sucesión interminable de minutos aislados, los minutos del tiempo de la guerra que se dilatan a la vez que se congelan o pasan fugaces. En ellos, los espacios —todos se degradan, se calcinan, se enlodan, se adulteran envueltos en los vapores etílicos de la rakija o la cerveza, en el humo de los cigarrillos malos, en los efectos de los analgésicos y los relajantes auto administrados, engullidos como píldoras mágicas, sin fines terapéuticos.

Arte sonora

Santiago Auserón

Anagrama, 747 páginas



Que el origen de la cultura Occidental se remonta a la Grecia clásica es algo que todo el mundo sabe. El papel que en ese universo heleno tuvo la música es, en cambio, mucho más desconocido. Santiago Auserón explora en este ensayo la relación de la música en la Grecia arcaica y clásica con la poesía, el mito, la filosofía, el logos y la videncia. Aborda la vinculación de la armonía, el ritmo y la melodía con la palabra, la conexión entre lenguaje y música, la unión y la escisión de las artes visuales y musicales, la relevancia de la música desde Homero hasta Platón, pasando por el tratado de armonía de Aristóxeno...

Aquella chica pelirroja

Amy Jean

Titania, 346 páginas



Alessa no cree que el amor exista. Lo que no sabe es que, la mayoría de las veces, el amor aparece cuando no creemos en él. La madre de Alessa cree que intentó suicidarse. Por ese motivo, la obliga a pasar el verano en Camden Hall, un centro de rehabilitación exclusivo, para que se recupere. Al principio, su carácter impulsivo y rebelde colisiona con su nueva realidad. Hasta que se cruza con el enigmático Jake Harris, un joven que siempre va acompañado de su vieja guitarra y al que todos parecen conocer. Con él entablará la relación más especial, entre vinilos y canciones de Johnny Cash, David Bowie o Elliott Smith. S.R.